

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis, 9, 8-15): *Yo hago un pacto con vosotros.*

Salmo (24, 4bc-5ab.6-7bc.8-9): *«Tus sendas, Señor, son misericordia y lealtad»*

2ª lectura (1ª Pedro 3, 18-22): *Cristo murió por los pecados una vez para siempre.*

Evangelio (Marcos 1, 12-15): *Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios.*

Pocos símbolos han calado tanto en la imaginación de muchos cristianos como el de la imposición de la ceniza. Gente a la que rara vez se le ve en la Iglesia desea recibir ese poderoso símbolo de su mortalidad, de su fragilidad, de su pecado, de su deseo de vida nueva. Pero ese recuerdo, tan eficazmente simbolizado, no es sino el inicio del camino hacia la Pascua de Jesús. Misterio de muerte y vida nueva. Misterio de vida entregada por amor a Dios y a los demás en un acto de fidelidad suprema. Misterio de vida nueva, eterna, recibida de parte del Padre que anuncia su victoria definitiva sobre las fuerzas del mal a través de su Hijo resucitado.

La Pascua de Jesús es el misterio central de nuestra fe. Es la mayor de nuestras fiestas y el centro de toda la vida litúrgica de la Iglesia. Hacia allá nos dirigimos, dando apenas los primeros pasos, titubeantes como los de un bebé que comienza la aventura de caminar. La Pascua es nuestra meta. Como a Jesús, el Espíritu nos impulsa al desierto. No se trata del desierto como espacio geográfico, sino del desierto de nuestra intimidad, de ese espacio en donde todo resulta superfluo, pues nos encontramos solos ante el misterio que nos envuelve.

El desierto es el espacio del encuentro más profundo con Dios y es también el espacio de las tentaciones más serias, porque es donde se deben hacer las decisiones más radicales. Ahí no cuenta lo que los demás opinen, ni las amistades que podrían darnos la mano, ni sirve para gran cosa el dinero que tengamos, ni los bienes que hayamos podido acumular. Estamos solos ante nuestra conciencia y ante Dios.

Casi todos conocemos lo que es la tentación y conocemos también lo que es la caída. Tan grande llegó a ser el mal, que el autor del pasaje del libro del Génesis nos habla de la alianza que Dios establece con el resto de la humanidad. Noé y su familia, los que escaparon por pura gracia de la destrucción de todo bajo las aguas del diluvio. Una alianza de vida con la humanidad. Una manera de explicar por qué Dios no sigue destruyendo a quienes pecan, sino que se mantiene fiel a su promesa de conservar la vida de sus creaturas. Ahí sigue brillando el arco iris, pero aquí sigue cundiendo el pecado de los hombres.

Los cristianos sabemos que esa alianza nueva se selló con la sangre de Jesús, el único hombre fiel. El que metido en el desierto encuentra la voluntad del Padre y no cede ante la tentación. El que anuncia el cumplimiento del tiempo oportuno, la llegada del Reino de Dios, la necesidad de la conversión y presenta todo eso como una Buena Nueva en la que hay que creer.

El desierto evoca dificultad y aridez, soledad y prueba. Es duro y arriesgado quedarse en él porque no hay señales de vida, sino todo lo contrario: tierra y sol, sed y horizontes vacíos. Hay desiertos reales y otros figurados, los hay interiores y también metafóricos, pero en todos ellos se comparte la experiencia de andar sin rumbo, sin certeza, sin camino. Se dice que nuestro mundo pasa por un desierto religioso, y los evangelios cuentan que Jesús fue empujado al desierto.

Nos sacuden las crisis ecológicas, sanitarias, bélicas, económicas, humanitarias..., que irrumpen en las pantallas a pocos minutos de producirse, según la lógica del mundo global e interconectado en el que vivimos. También hay otras crisis y problemáticas sociales más locales, de la nación, de la ciudad, del barrio, del edificio y hasta del rellano de la escalera, que de pronto nos desconciertan e intranquilizan, rompen nuestros esquemas, nos impiden reconciliarnos con el mundo: **¿cómo puede pasar algo así? ¿A dónde vamos a llegar?** Quedamos arrojados al desierto.

Lo dramático es que no hay recetas que seguir, ni mapas trazados, ni cartelones que marquen el camino, a pesar de que algunos con palabrería fácil expongan los suyos en neones de color. Las religiones también tienen la tentación de dar respuestas y soluciones simplonas, evitando así los parajes desérticos que cuestionan al creyente. Y, sin embargo, la fe abre los ojos a otro tipo de signos, en el cielo, como el arcoíris de la alianza: Dios está con nosotros, abrazando nuestro mundo, dando luz y color a sus sombras, pero sin deslumbrar como el neón, sino mostrando la belleza que llena la tierra.

Las señales del cielo van acompañadas de muchas otras en la tierra, escondidas pero visibles a las miradas que se dejan colorear por la luz de Dios: luchas por la paz y la tolerancia, propuestas de relaciones económicas justas, logros científicos para mejorar la calidad de vida, compromisos por la igualdad, por la supresión de la pobreza... La Iglesia los ha llamado **«signos de los tiempos»**, de unos tiempos desconcertantes.

Entre todas las señales de amor y compromiso de Dios con nosotros, Jesús de Nazaret es la definitiva. Además de ser mensajero y artífice del Reino de Dios, nos indica el modo de convertirnos, creer y comprometernos en su construcción. Jesús nos enseña a pasar por el desierto esta Cuaresma, pero con los ojos abiertos a las señales de Dios y el corazón puesto en su alianza con nosotros, Buena Noticia para todos.